

por toda respuesta un sermón poético. Mas apresurémonos á advertir que se engañarían los ortodoxos si creyeran triunfar con nuestra crítica, porque son tan inconsecuentes como los liberales. ¿Creen todavía en la inspiración literal de los libros sagrados? No. ¿Qué creen pues? ¿Qué es lo inspirado? ¿Qué lo que no lo es? Ocioso es pedir una respuesta categórica á hombres que viven en el mundo de los ensueños; pero debemos consignar que no sólo es inconsecuente, sino poco moral, ó, por lo ménos, poco sincero, exaltar la Escritura como una palabra divina, cuando no se cree ya en la inspiración sobrenatural de los escritores llamados sagrados. En cuanto á la poesía del pastor frances, la ciencia moderna ha hecho de ella una crítica decisiva: ha resultado que el *discípulo que el Señor amaba* es una ficción, y que las sublimes palabras que serán la perpetua admiración de la posteridad no fueron pronunciadas por Jesucristo. ¡Qué poder tiene la fe! Transporta las montañas ciertamente, pero montañas que no existen más que en la imaginación.

Inútil es insistir en la inspiración de la pretendida palabra de Dios. No hay palabra de Dios en el sentido tradicional de la expresión, porque implica una revelación milagrosa de la verdad; y como los protestantes liberales rechazan lo sobrenatural, no creen en una verdad absoluta comunicada por Dios á los hombres. ¿Por qué, pues, conservan las palabras cuando abandonan la cosa? Sucede con la inspiración lo que con la revelación: se desvanece con los fundamentos imaginarios del cristianismo tradicional. Queda la Biblia, quedan las palabras de Jesucristo; pero en esto es todavía difícil que los libres pensadores se entiendan con los protestantes, aún los más avanzados. Pécaut no cree en la inspiración de la Escritura; dice que entre las *Confesiones* de San Agustín, las *Meditaciones* de Bossuet, la *Imitación de Jesucristo* y la Biblia halla una diferencia de grado y no de naturaleza, y, sin embargo, añade: "¿Quiere esto decir que yo no vaya á buscar mi edificación en la Biblia? ¿Que la Biblia haya dejado de consolarme, de inclinarme al arrepentimiento, de desviarme del mal, de excitarme al bien? ¿He renunciado acaso á hacer de la Biblia mi alimento cotidiano arrojándola de mi casa? No, ciertamente." (1). Ningun libre pensador llegará á decir tanto. Reconocemos

(1) PÉCAUT, *le Christ et la Conscience*, p. 19 y siguientes.

de buen grado que hay en la Biblia una inspiración religiosa superior á la de los demás libros de piedad; pero contiene tantos errores, tantos prejuicios, tantas supersticiones, que se necesita hacer á cada paso un esfuerzo de ciencia y de indulgencia para olvidar tales manchas. En definitiva, una palabra que salga del alma de un hombre del siglo XIX nos afecta más que la Sagrada Escritura. Sucede con la Biblia como con la persona de Jesucristo: nos aprovechamos de su enseñanza, que ha entrado en nuestras ideas y en nuestra conciencia, mas no sentimos la necesidad de conversar directamente con aquellos de quienes proceden esas lecciones.

V.

Muchas otras inconsecuencias habría que reprochar aún á los protestantes liberales; pero sería injusto hacerlo: hay que tener en cuenta las necesidades de su posición; son hombres de transición, porque viven en una época de transición. El progreso religioso se cumple muy lentamente en el dominio de la conciencia; siempre quedan algunos resabios de un pasado que tiene de su parte el prestigio de grandes nombres, la autoridad de los siglos y el poder del hábito. Mas á pesar de esas incertidumbres y de esas inconsecuencias, el protestantismo liberal es el germen de una inmensa revolución, y en cierto sentido sus mismas contradicciones son un elemento de progreso. Se liga á lo pasado al propio tiempo que toca á lo porvenir; y sólo á esta condición puede presidir á la transformación de las creencias y preparar una religión nueva. Si el movimiento fuera demasiado precipitado, dejaría detrás de sí las masas, siempre compuestas de atrasados y morosos, mientras que siendo ortodoxo en parte, arrastra á los ortodoxos que lo siguen, aunque de lejos.

Los protestantes liberales proclaman que pretenden quedar extraños á todas las cuestiones teológicas, no por política ó por prudencia, sino en virtud del principio mismo que ha engendrado el liberalismo religioso; no formulan ni rechazan ningún dogma; todo lo que piden es que los cristianos se decidan á abrir los ojos (1). "El partido li-

(1) BUISSON, *le Christianisme libéral (Le Protestant libéral)* del 8 de Diciembre de 1864.

beral, dicen, tiene por principio la libertad en Cristo; y así como entiende que la salvación es esencialmente individual y debe alcanzarse por la fe personal y reflexiva de cada uno, así esta fe, resultado para cada cual de sus facultades, de sus estudios especiales, de su particular disposición, podrá y deberá abrazar bajo un aspecto diferente los arduos problemas de la teología. ¿Cómo resumir todas esas opiniones, que se tocan únicamente por el amor común que inspiran hácia Dios creador y hácia Cristo salvador, en una fórmula idéntica, precisa, y, por consiguiente, exclusiva? Sería separar en sectas diversas, estrechas é intolerantes, á los que tienen el corazón cristiano y á quienes el sentimiento cristiano huye." (1).

Si los protestantes liberales difieren grandemente por sus creencias, tienen, no obstante, un espíritu común, una tendencia común. Los hay que admiten, en un cierto límite, lo sobrenatural, la inspiración de la Biblia y la dignidad sobrehumana de Jesús; pero todos se inclinan á ver en lo sobrenatural una cuestión secundaria y á hacer descansar la fe y la vida moral en la libre adhesión del alma á la verdad religiosa, tal como brilla con esplendor excepcional en Jesucristo. Así da el protestantismo liberal de una parte la mano á los ortodoxos, y de otra á aquellos cuyas aspiraciones anuncian lo porvenir. Los liberales, como los ortodoxos, proceden de ese instinto que mueve á los hombres á fundar su piedad, no en una autoridad exterior, arbitraria, lejana, que no se manifiesta sino por la inversión de las leyes de la naturaleza, mas en esa autoridad interior, regular, que cada cual lleva en sí, que cada uno puede consultar constantemente, que responde siempre á las preguntas que se le dirigen, la conciencia esclavizada por la razón. La piedad así entendida transformará la religión: todo alrededor de ella ha cambiado, el mundo, la ciencia, las ideas y los sentimientos; ella quiere ponerse en armonía con la realidad, con las nuevas condiciones que los progresos de la civilización han creado; y quedando adherida al Dios de Jesucristo, Dios de los vivos, pero no de los muertos, busca este Dios en sus manifestaciones diarias, en el orden constante que la experiencia nos revela, más que en las raras y excepcionales manifestaciones que la tradición refiere. La natu-

(1) *Le Protestant libéral*, del 15 de Diciembre de 1864.

raleza humana ha cambiado al propio tiempo que el mundo, no porque no hayan sido siempre una y otro lo que son hoy, sino porque la vieja teología había mutilado la naturaleza, representándola como corrompida en su esencia; y al considerarla tal como es, la encontramos pobre, es cierto, pero llena de los más ricos gérmenes y abierta á todo desenvolvimiento. Este es el principio de una revolución religiosa, al término de la cual todo lo sobrenatural habrá desaparecido.

¿Será eso una desviación del protestantismo? Hay en el protestantismo un principio que subsiste á través de las más diversas determinaciones, el sentimiento de la individualidad arraigado en la raza germánica; y transportado al dominio de la vida religiosa, conduce á la convicción de que cada cual tiene una vocación moral que realizar y una voluntad de Dios que cumplir bajo su peculiar responsabilidad. El libre pensamiento es la última expresión de ese sentimiento, y el creyente más ortodoxo lo profesa con tal de que se mantenga protestante. En el siglo XVI se produjo como un grito de emancipación para librar á los pueblos y á los individuos del yugo de una Iglesia ambiciosa, codiciosa é intolerante; y en el siglo XIX, el movimiento tiende todavía á emanciparnos, pero de una manera más completa, de toda autoridad extraña y de toda tutela, así de las cadenas de un texto sagrado como de las trabas de una confesión de fe. Responsabilidad individual y emancipación de toda tiranía, tal es el carácter que distingue á los protestantes, y á todos los excita á buscar sin descanso la verdad en bien peculiar de cada uno. En eso está la obra de nuestra salvación.

Los liberales son los centinelas avanzados de este movimiento. Enseñados á considerar el perfeccionamiento de la persona moral como la vocación santa entre todas, han llegado á separar como inútil ó falso todo lo que, en cuanto al dogma, no contribuye al desenvolvimiento moral y lo que lo impide. De ahí la máxima que es como la ley de la revolución que se va realizando: que nada hay religioso sino lo que es moral, lo que se justifica en el fuero de la conciencia, lo que es bueno y verdadero en sí. Esto es decir que la religión es moral y que la moral es religión: el cristianismo deja, pues, de ser la religión de lo sobrenatural. Se ha llegado á convencerse de que el milagro no comunica por sí ninguna virtud; que si es eficaz, lo debe á la vir-

tud de las ideas, las cuales, lejos de ser protegidas por el milagro, lo protegen. Con esta concepción se destruye el cristianismo tradicional; todos los antiguos dogmas desaparecen: la divinidad de Jesús, la inspiración de la Escritura, y hasta la perfección absoluta del Cristo, ese último esfuerzo hecho para salvar un resto de lo pasado. La revolución se hace en unos más rápida y radicalmente que en otros; pero acabará por vencerlos á todos, y entonces quedará sólo un cristianismo moral. Lejos de constituir esto una decadencia ó una ruina, será la forma más perfecta que la religión haya revestido en la tierra (1).

§ IV.— Suiza.

I.

Suiza puede gloriarse de ser la cuna del protestantismo liberal, pues que en ella nació Zuinglio, el único de los reformadores que reconoció, á la sazón, la autoridad en el dominio de la fe, el único que, con gran escándalo de Lutero, se atrevió á admitir en el cielo cristiano á los grandes hombres de la antigüedad pagana. Zuinglio excedía á su siglo; Lutero se negó á darle el nombre de hermano; y como lo porvenir pertenece á la verdad, el genio humano del reformador parece que resucita después de trescientos años é inspira á la libre Suiza, ¡imagen admirable del lazo que existe entre la libertad política y la emancipación de las conciencias! Hay pueblos que se creen libres porque tienen constituciones liberales, cuando en ellos son las conciencias esclavas de una Iglesia ó de una Escritura. ¿Cómo ha de ser libre el hombre, siendo sierva su conciencia? ¿Puede excindirse el alma humana, dividirse entre la libertad y la servidumbre, ser libre en parte, esclava en el resto? Y ¿qué será de la libertad cuando en nombre de la conciencia esclavizada se predica la servidumbre? La cuestión religiosa se liga íntimamente á la cuestión política. Si nos interesamos en que el cristianismo liberal sea la religión de lo porvenir, porque sólo él puede satisfacer las necesidades del alma, también lo deseamos, porque sólo él ofrece garantía de que no perecerá la libertad. El día en que estén emancipadas las con-

(1) PÉCAUT, de *l'Avenir du protestantisme en France (Le Dis-ciple de Jésus-Christ, 1865, t. II, p. 126-128, 181-184).*

ciencias podremos desafiar todas las tiranías del mundo; que ninguna, por poderosa que sea, puede dominar en una conciencia libre.

Vengamos al cristianismo liberal que reina hoy en el cantón de Zurich, y que de ahí tiende á extenderse por toda la Suiza protestante, ofreciendo un espectáculo que consuela y fortalece á los hombres que luchan por las ideas de lo porvenir. Por todas partes se les tacha de espíritus quiméricos, y se denuncia su concepción religiosa como sospechosa de conducir al ateísmo y al materialismo, y aún se burlan de ellos y se les insulta, mofándose de la vanidad de sus esfuerzos; mas si tienen de su parte la verdad, podrán, á su vez, reírse del vano poder de sus adversarios. Zuinglio sucumbió en el siglo XVI, pero no exclamó como Bruto: ¡Oh religión, eres un vano nombre! murió por la verdad, por la libertad; y ¿qué vemos hoy? El vencido de hace tres siglos se ha convertido en vencedor; ya no es el estrecho espíritu de Lutero ni el formalismo jurídico de Calvino lo que reina en la Iglesia suiza, sino las amplias tendencias de Zuinglio.

El protestantismo liberal tiene por órgano, en Suiza, un periódico religioso que se titula las *Voces del tiempo* (1). Con placer leemos esas páginas tan francas y tan verdaderas; que cuando se vive en la atmósfera de hipocresía que pesa sobre la Europa católica y que la corrompe con sus miasmas deletéreos, es una dicha respirar el aire puro, aunque rudo á veces, que viene de las montañas de Suiza; y no se necesita ser profeta para predecir que destruirá los vapores pestilenciales, como la luz del sol disipa las tinieblas de la noche. La franqueza distingue á los liberales suizos de los protestantes avanzados de Francia, pues, salvo raras excepciones, los pastores franceses conservan el lenguaje de la ortodoxia, á pesar de haber dejado de ser ortodoxos. El redactor de las *Voces del tiempo*, Lang, Suavo trasplantado á Suiza, ha inaugurado otra predicación y otra polémica: predica y escribe lo que piensa. Y, cosa notable, los paisanos suizos, pues que él predica en el campo, no se han escandalizado de esta innovación, y se consideran dichosos, como los otros, de oír hablar de Jesús-Hombre, sin que se le llame el divino Maestro, y de las Escrituras sin que se las califi-

(1) *Zeitstimmen aus der reformierten Kirche der Schweiz.*

que de palabra celestial. Están hartos, sin duda, de una fraseología que no penetra ya en el alma, porque no halla en ella la inteligencia sino palabras vacías de sentido, y prefieren oír á un hombre que les habla con el corazón. No tardó en extenderse la influencia de Lang fuera de la modesta parroquia donde predicaba la verdadera palabra de Dios, es decir, la verdad tal como un alma honrada la comprende; atravesaban las gentes las montañas por oírlo, y en 1863, los habitantes de Meilen, grande y rica parroquia de las orillas del lago de Zurich, lo eligieron pastor, porque los Suizos eligen sus pastores y no se hallan por esto mal servidos (1).

Lang tuvo imitadores. Hay un pastor de raza suiza que le supera en franqueza; íbamos á decir en audacia, pues que en la misma Suiza se necesita valor para arrostrar los furros de los ortodoxos y vencer la timidez de los fieles. Vögelin, que este es el nombre del pastor, espantó los liberales. Oigamos su justificación. Confiesa que su manera de predicar no es la de sus colegas; y no es porque piensen, dice, de otra manera que yo: todos estamos convencidos de que jamás ha habido milagros; todos creemos que Jesucristo era un hombre; todos pensamos que la Escritura no difiere en esencia de las obras de genio que elevan nuestra alma y nuestra inteligencia; todos estamos persuadidos de que cuando los Evangelios hacen hablar á Jesús con una autoridad sobrehumana no reproducen sus palabras. Pues bien, entrad en un templo protestante el día de Navidad, y el sermón del pastor os dejará la impresión de que el niño Jesús es un ser divino, nacido de una manera milagrosa; oid un sermón protestante el Viernes Santo, y creeréis ciertamente que, según el pensamiento del ministro, la muerte del Cristo ha regenerado el mundo, satisfaciendo con ese sacrificio los pecados de los hombres; y si escucháis un sermón de Pascua, quedaréis convencidos de que cree el predicador en la resurrección corporal de Jesús crucificado, como el día de la Ascensión oiréis decir que el Cristo resucitado subió al cielo. En todas ocasiones tomará el orador al pie de la letra las narraciones milagrosas de los Evangelios y las palabras que ponen en boca del Hijo de Dios, aunque el pastor no crea ni en el Hijo de Dios ni en sus milagros.

(1) FONTANÉS, *du Mouvement théologique dans la Suisse allemande (Revue moderne, 1.º de Abril de 1863, p. 93-95).*

El pastor suizo se pregunta cómo pueden hombres honrados predicar lo que no creen. ¿No es eso propalar el engaño en la cátedra de la verdad? En esto se forjan, dice Vögelin, toda clase de ilusiones. Los unos esperan, acomodándose á las preocupaciones de sus oyentes, atraerlos más fácilmente á la religión del espíritu. ¡Error! Acomodándose los misioneros católicos á las preocupaciones de los idólatras, no han hecho más que perturbar la idolatría, en términos que es aún hoy la religión católica una especie de paganismo cristiano. Otros pastores temen escandalizar á aquellos de sus oyentes que todavía tienen fe, como si el escándalo no fuera mil veces más funesto cuando advierten que su pastor habla de otro modo que como piensa. ¿No es eso alimentar las almas con el pan de la hipocresía? (1).

Vögelin entiende que debe ante todo la verdad á los que tiene la misión de elevar á Dios, que es la verdad. ¿No sería esa también la opinión del Cristo? “Dios, dice, es el Dios de los vivos y no el Dios de los muertos.” Este es el epígrafe que el pastor suizo puso al frente de sus sermones, y ese es el pensamiento que en todo los inspira. La religión es la vida, y la vida no se desenvuelve sino por la vida; los hombres necesitan, pues, una religión viva, un Dios vivo. ¿Cómo se pretende que la religión de los que no creían más que en los milagros sea todavía un principio de vida para los que ya no creen en ellos? ¿Cómo se quiere que el Dios que manifiesta su poder invirtiendo las leyes de la naturaleza sea todavía el Dios de los que ven la grandeza de Dios en las leyes inmutables que ha dado al universo? Dejemos el Dios de los muertos y prediquemos á los hombres el Dios vivo. Nada de revelación sobrenatural, nada de ascensión, sino el Dios que es nuestro Padre, el Dios que manda que nos hagamos perfectos como él, y la religión que es moral y la moral que es religión. Hé ahí lo que Vögelin predica.

Dicho se está que Vögelin suscitó contra sí el odio de todos los ortodoxos; los mismos liberales se reprocharon la exageración del fin al emplear la crítica en la cátedra; mas esto no impidió que los feligreses quedaran adheridos á su pastor: hecho decisivo y de capital importancia. Los ortodoxos se lamentan de que la fe se va. Y, en efec-

(1) VÖGELIN, *Predigten gehalten zu Uster, p. VIII-XI.*